

LA DICTADURA DULCE

EDUARDO HARO TECLEN

DESDE hace algún tiempo los ciudadanos de las sociedades europeas occidentales están sintiendo un cierto malestar. Cada uno percibe que ha aumentado una sensación de roce con las estructuras que regulan y contienen la convivencia. El nivel del autocontrol —el gendarme interior— ha tenido que aumentar su vigilancia; se desconfía un poco más de los otros; se advierte en los otros la respuesta de esa misma desconfianza. Cuando pensamos que nadie está seguro de nuestra inocencia, que quizá estemos violando,

sin saberlo, alguna ley de la gran maraña que nos envuelve, perdemos la naturalidad en el comportamiento; representamos nuestro papel en la sociedad con un énfasis mayor que lo habitual. Sobreactuamos; y nos hacemos más sospechosos. Muchas veces de una manera difusa, otras muchas directamente, nos sentimos acusados; cargados de culpabilidad. Nos dicen que estamos despilfarrando, que tenemos que apretarnos el cinturón, porque estamos destruyendo la economía. Un político español dijo una vez que «nos estamos cargando el país». Somos unos consumistas vergonzosos; si no lo somos, nuestra retención perjudica el mercado. Hay algunas libertades que se nos dan: se nos acusa de utilizarlas. Cuando patronos, se nos acusa del paro; cuando obreros, de la quiebra de las empresas. Nuestros roces con el Estado son cada vez más duros: el gran ojo vigila nuestra declaración de impuestos, cualquier licencia requiere demostraciones de honestidad ejemplar. Corremos con nuestro coche sin saber dónde dejarlo.

Estamos ya en lo que comienza a llamarse «la dictadura dulce». La expresión es de Jean Denis Bradin, abogado, catedrático; fue vicepresidente de los radicales de izquierda en Francia. Lo define con coordenadas más duras, más ostensibles que la sutileza de la red de pequeñas molestias. Es la legalización de la persistencia en los derechos humanos. También en Francia, como en España, hay una corriente fuerte de protesta, desde ciertos sectores contra los «derechos del hombre». Hay grupos de sociedad que se alzan contra lo que consideran una permisividad excesiva del Estado; hay acusaciones de que el delito queda impune y el «hombre de bien» está cada vez más amenazado. La protesta ya no se vuelve contra el delincuente, sino contra una mecanización que no lo extirpa. Este enfren-

tamiento paulatino, pero creciente, contra los derechos del hombre es finalmente un enfrentamiento contra la democracia. Parece que la reacción contra esta campaña es la exaltación de los derechos, y la denuncia de los abusos. Bredin lo ha expuesto en una conferencia de prensa, dentro de la sociedad «Echange et Projets». Los grandes trazos los encierra en cuatro puntos, por lo que se refiere a la sociedad francesa en la que vive y trabaja:

- 1 Multiplicación de los crímenes excusables o normales porque la sociedad los considera necesarios para su defensa.
- 2 Manipulaciones del poder judicial. Se observa un servilismo creciente de las élites francesas y, en los jueces, una exaltación del interés general que ellos asimilan, porque no pueden ver más claro, en el servicio al gobierno; puesto que, además, existe una comunidad de ideología entre una gran parte del mundo judicial y la clase dominante.
- 3 Trato arbitrario de los extranjeros.
- 4 El poder, y el mismo Estado, se sitúan por encima del derecho, de manera que no atenerse a las leyes en caso de urgencia o en razón de un interés superior es una idea que progresa.

Por esta vía, dice, vamos a las «dictaduras dulces». «El porvenir de los regímenes autoritarios podría ser el de las dictaduras dulces que respetarían las libertades cómodas (ir y venir, expresión), pero se desembarazarían de las libertades individuales más sofisticadas (prensa, seguridad individual).» «Ya no somos capaces más que de indignaciones muy cortas, y un combate de catorce años, como fue el caso de *affaire Dreyfus* no es posible hoy; y el poder lo sabe» («Le Monde», 28 de octubre).

El ciudadano que está experimentando la dictadura difusa y dulce está sumergido ya en una confusión que le lleva a situaciones contradictorias. La indignación que le produce cada hecho es, efectivamente, corta; pero el malestar es continuo. Y, generalmente, atribuye esos estallidos de indignación ante un suceso a los culpables que elige, sin un análisis mayor.

La democracia se ha visto acusada a lo largo de su todavía corta vida en el Occidente europeo de debilidad, de caldo de cultivo para el germen del mal. No deja de ser curioso que la acusación contra la democracia suela venir de los más profundos demócratas; y por comparación con la antidemocracia. El enemigo totalitario —de cualquier totalitarismo— es más fuerte; sus sistemas son más eficaces, sus decisiones no son discutidas. Copiemos, pues, los métodos de este enemigo, y podremos combatirlo. La gravedad de error de este razonamiento es que, en cuanto hayamos copiado el comportamiento de nuestro enemigo —y cuanto más lo copiemos, mejor— nos habremos convertido en él, y habremos perdido nuestra propia razón de ser. Este razonamiento lo seguía Georges Bernard Shaw describiendo la decadencia de las democracias de antes de la guerra:

«Pedro el Grande construyendo una capital sobre el Neva; Napoleón limpiando los establos de Augias, rompiendo las cadenas enmohecidas, desecando los pantanos, trazando vías para el tráfico, abriendo la carrera a los talentos en un halo de gloria revolucionaria; su sobrino hausmanizando (1) París y Mussolini reconstru-

(1) Hausmanizar, de Haussman, prefecto de París que creó el urbanismo que sigue siendo el de la gran ciudad. No a poco coste. Su mujer, un poco tonta, comentaba un día en un salón: «¡Qué gran suerte tenemos! Cada vez que compramos un terreno o un viejo inmueble, al poco tiempo pasa por delante un gran boulevard...».



En «El proceso» (aquí en versión de Peter Weiss) Kafka representó al ciudadano frente al aparato estatal.

yendo Roma; Primo de Rivera y Hitler cubriendo sus países de carreteras modernas; que contraste con los parlamentarios británicos, desesperadamente incapaces de hacer un puente sobre el Severn, y con los Bebel y los Liebknecht, bajo el talón de Bismarck y luego del Kaiser. Los parlamentos eran incapaces de terminar con el paro obrero, plaga que el proletariado temía entre todas; y hasta de tratar honestamente a los parados... Adolfo Hitler y Mussolini descubrieron lo que Cromwell había visto antes que ellos... Podían obtener todo lo que quisieran y tirar a la basura, muertos o vivos, a todos los recalitrantes del Parlamento. A los ojos de los pueblos, los dictadores eran capaces de cumplir sus promesas si querían; mientras que los parlamentarios, incluso si querían cumplir las suyas, eran incapaces. Entonces ¿qué puede encontrarse de asombroso en que, en sus plebiscitos, los dictadores obtuvieran el noventa y cinco por ciento, e incluso más, de los votos del pueblo?».

Otro pensador democrático, Gopinath Dawan, discípulo y biógrafo de Gandhi, escribía: «Estos últimos años el régimen parlamentario ha estado sometido a críticas severas. Entre ellas, el sistema electoral; la lentitud de los procedimientos; la centralización y el estrangulamiento de los negocios, que hacen el sistema incapaz de un trabajo verdaderamente creador en materia de planificación social y económica; la dictadura del Gabinete; el poder creciente de los funcionarios permanentes; la imposibilidad de llevar a los ciudadanos a participar activamente de la vida política; la ausencia de toda igualdad económica, ni siquiera aproximada; todos esos puntos débiles han sufrido el asalto de numerosas críticas...»

¿No estamos ahora, en toda la Europa occidental —y pienso más especialmente en España— escuchando los ecos antiguos de las mismas críticas? Los partidos faltan a su deber, las autoridades no tienen suficiente energía, el parlamento se pierde en discusiones sin salida, en compromi-

sos que no satisfacen a nadie... Hay quien mira con simpatía el «golpe turco»; hay quien no oculta que Videla, después de todo, es otra cosa... Pero estos son extremos. La vía de la solución parece venir de la «dictadura dulce».

Pero ¿no es probablemente esa forma de dictadura la que ha pervertido ya a la democracia? «El defecto, decía Gandhi, no está en la democracia, sino en la corrupción de la democracia.» «La democracia sigue sin realizarse, mucho más a causa de la fe dominante en la violencia y en la falsedad que por razón de una simple insuficiencia de las instituciones. La democracia está verdaderamente corrompida por las ideas falsas y los falsos ideales que mueven a los hombres.»

Es evidente que el discernimiento entre ideas falsas, ideales falsos, por una parte, y los ideales e ideas sinceros y auténticos sigue siendo un problema sin resolver. Más bien se tiende, en nuestro tiempo, a declarar que todo puede ser falso y todo

LA DICTADURA DULCE

puede ser verdadero al mismo tiempo, según el contexto en que transcurre y la evolución de la verdad o la falsedad más próximas. En tanto este pensamiento de lo relativo llega a dar sus frutos sociales (para lo que puede pasar mucho tiempo) se vive en la confusión.

Puede ser la razón de que aparezcan, de nuevo, los profetas. Reagan es un profeta, Wojtyła es un profeta, Jomeini es otro; si se le recusa en esta zona del mundo, es porque está en el registro que no nos corresponde, que obedece a otra civilización; simplemente, a la que puede ser enemiga de nuestro nivel de vida. Reagan y Wojtyła son profetas contra la «nueva sociedad» y amantes de la «dictadura dulce». Tratan de desandar un camino democrático, que ha conducido a una sociedad imposible.

El problema principal no está en ellos mismos: está en la idea de propagación de su mito, en la escultura que hacen de ellos los que les acogen como profetas. Cuando se consigue conjuntarlos en un pensamiento práctico pueden dar rendimientos considerables. Wojtyła sería ahora el profeta de la familia, el profeta contra el sexo concupiscente, el luchador contra la desintegración de las sociedades; el hombre capaz de llevarnos a unas ideas eternas que han sido «las de siempre». A través de la implantación de esas ideas, una nueva autoridad moral erradicaría las drogas, ahuyentaría a los navajeros, inspiraría a los jueces para que condenaran severamente al delincuente —eso sí, con la compasión que pedía Concepción Arenal—; son las malas costumbres, el amor libre y los malos hábitos los que han llevado a la sociedad al punto en el que está. Pero es evidente que toda esta fuerza moral necesita de una fuerza física que la implante. Para eso ha venido Reagan, Reagan no ignora que el mal está en comunismo; y aún con el comunismo circunscrito a una zona del mundo —un ghetto, o un infierno— se puede tratar; pero no con su infiltración. Nos está llegando por vía parlamentaria. La voz del Papa, el brazo de Reagan, podrían hacer mucho para cortar ese mal absoluto. Una de las formas más trágicas de la «dictadura dulce» comenzó a circular por el mundo, irradiando desde Estados Unidos, al principio de la década de los setenta. Fue inmediatamente recogida y ampliada por los sectores conservadores de la sociedad, que veían en ella una «garantía científica» (notemos que la ciencia está colaborando muy activamente con estas nuevas formas de gobernar). Eran las teorías de Burr-

hus Skinner, expuestas en su libro «Más allá de la libertad y de la dignidad» («Beyond freedom and dignity», 1971). La idea general es la que «libertad es un fetiche que está llevando a Occidente a su destrucción», mientras la URSS y China construyen sociedades disciplinadas capaces de sobrevivir. Encontramos ya aquí el equívoco de la comparación con el enemigo, antes señalados: copiemos al más fuerte siendo más fuertes. Skinner obtenía sus conclusiones de experiencias de laboratorio sobre el com-



Burrhus Skinner, psicólogo experimental, basaba su teoría en la anulación del libre albedrío y la enseñanza programada.

portamiento de los animales, que aplicaba directamente al comportamiento de los hombres. La psicología del comportamiento (*behaviourism*) tiene como base la anulación de toda idea de libre albedrío, de capacidad de decisión o de libertad de pensamiento: el hombre actúa según estímulos exteriores. Aplicando esos estudios de la manera adecuada, se fabricaría el hombre «naturalmente bueno» que ha formado parte de la filosofía de la izquierda occidental. El hombre fabricado sería capaz de concebir un mundo sin guerras, sin violencias sociales, sin polución. Skinner llegó a trabajar en un laboratorio de niños —hasta los treinta meses de edad— para producir estos buenos ciudadanos ejemplares. Sus teorías se

pasaron de moda; pero no su concepto de una sociedad ideal de buenos ciudadanos, que serían el centro de una democracia futura.

Los propósitos actuales son, naturalmente, más modestos. Vuelven a la idea más confortable para la derecha de la maldad de la naturaleza humana, y por lo tanto de la necesidad de represión. Lo que sugirió la idea de las «dictaduras dulces» fue el planteamiento de la necesidad de resolver una contradicción: cómo mantener las ventajas de una dictadura sin perder la apelación de la democracia. Esto, naturalmente, a partir de una situación de psicología histórica: la pérdida de prestigio de las dictaduras, sobrevenida con la guerra mundial, que resolvió brutalmente la discusión acerca de la eficacia de las instituciones democráticas frente a las dictatoriales: fueron aquellas las que ganaron, y eso resolvió enteramente la cuestión. Los ideales democráticos no sólo habían demostrado más capacidad de movilización y de acción que los totalitarios, sino que servían inmediatamente de oposición frente al otro totalitarismo, el de la Unión Soviética y las formas comunistas de vida. La democracia se benefició de una propaganda positiva, la dictadura de una negativa.

Pero han pasado los años: y estamos de nuevo en una crisis en la que se carga de nuevo sobre una forma totalitaria la causa del mal, que no es otro que la imposibilidad de seguir explotando con la facilidad económica de antes ciertas fuentes de producción. Se piensa, otra vez, que la democracia es ineficaz. Comenzó a pensarse que las dictaduras son todavía necesarias en el tercer mundo: es la idea de Reagan cuando dice, como en su discurso de Los Angeles, que no hay por qué discriminar pueblos que tienen de los derechos del hombre un concepto distinto de los que se tienen en Estados Unidos. La cuestión se reduce, de una moral y de una ética a una cuestión de conceptos. Se acepta para el tercer mundo: no es más que una espita para que poco a poco haya una inundación que llegue a países de Occidente. Si los dirigentes económicos de los países pueden pedir a los ciudadanos que «se aprieten el cinturón» en un momento de escasez, los ministros del interior pueden pedir que se aprieten el cinturón político, el de las libertades individuales y colectivas, para hacer frente a unos males mayores. Los males mayores se exhiben con abundancia, y la conciencia de comportamiento se crea. Quizá haya más de Skinner en la sociedad de hoy de lo que suele creerse. ■ E.H.T.